

BÉLA HAMVAS

LA FILOSOFÍA
DEL VINO

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO
DE ADAN KOVACSICS

BARCELONA 2014



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *A bor filozófiája*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© The Estate of Béla Hamvas
© de la traducción, 2014 by Adan Kovacsics Meszaros
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fragmento de *Cuatro racimos de uvas colgando*
(c. 1630-1635), de Juan Fernández el Labrador

ISBN: 978-84-16011-26-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 19 875-2014

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>«Un libro de plegarias para ateos»</i>	7
<i>Tres</i>	14
LA METAFÍSICA DEL VINO	
El universo de la boca	19
Máscaras hieráticas	24
Una copa de vino: el salto mortal del ateísmo	29
Digresión escatológica	35
Los aceites	39
Epílogo de la metafísica (apología)	46
EL VINO COMO NATURALEZA	
Vino y vida idílica	53
Las uvas, los vinos, las piedras preciosas, las mujeres	58
Catálogo de vinos (un esbozo)	64
LA CEREMONIA DEL VINO	
Las armonías de la boca	79
¿Cuándo beber y cuándo no?	90

¿Cómo beber?	95
¿Dónde beber?	101
<i>Res fortissima.</i> (Para los pietistas y los puritanos)	104
<i>Vita illuminativa.</i> (La última plegaria)	111
<i>La bibliografía más importante (por orden cronológico)</i>	119

*Al final quedaron dos,
Dios y el vino*

He decidido escribir un libro de plegarias para ateos. En la penuria de nuestra época, he sentido piedad por quienes padecen y deseo ayudarlos de este modo.

Soy plenamente consciente de la dificultad de mi tarea. Sé que ni siquiera puedo pronunciar la palabra *Dios*. Tendré que hablar de él recurriendo a otros nombres, por ejemplo, *beso*, *ebriedad* o *jamón cocido*. He elegido como nombre supremo el vino. De ahí que este libro se titule *La filosofía del vino* y de ahí también que eligiera el siguiente lema: «Al final quedaron dos, Dios y el vino».

Las circunstancias me obligan a este truco de prestidigitación. Como es bien sabido, los ateos son de una arrogancia digna de compasión. Les basta ver el nombre de Dios para tirar este libro al suelo. Sufren un ataque de cólera cada vez que alguien les toca su idea fija. Pero si me sirvo de palabras como *comida*, *bebida*, *tabaco* o *amor*, es decir, si recurro a estos nombres enigmáticos, lo-

graré engañarlos. Porque además de engreídos, también son estúpidos. Por ejemplo, no conocen en absoluto este tipo de rezo. Creen que sólo es posible rezar en el templo o murmurando palabras sacerdotales.

Los ateos son nuestros pobres de espíritu, los hijos de nuestra época más necesitados de ayuda. Son pobres de espíritu, con la diferencia de que albergan escasas esperanzas de acceder al reino de los cielos. Muchos se enfadaron con ellos y lucharon contra ellos en el pasado. Considero completamente reprobable ese método. ¿Combatir? ¿Un hombre sano peleando con ciegos y cojos? Puesto que son inválidos, conviene acercarse a ellos con buena voluntad. Conviene no vencerlos por la fuerza; ni siquiera han de darse cuenta de lo que les ocurre. Hay que tratarlos como a niños retrasados en su evolución e incluso de pocas luces, si bien ellos aprecian mucho su inteligencia y creen que el ateísmo es un saber perfecto. ¿Por qué se los combatió en el pasado? A mi juicio, en primer lugar porque el ateísmo, como pobreza de entendimiento y como humor híbrido que es, fracasaría en toda regla si no compensara esas deficiencias por otro lado. ¿Y en qué consiste la compensación? En la actividad frené-

tica. Por eso, el ateísmo conduce necesariamente a la violencia y, puesto que desemboca en ella, los ateos necesitan conquistar el poder universal. En efecto, lo han conseguido. Y quienes luchaban contra ellos en el fondo los envidiaban, lo cual es un error en mi opinión. Cuando los ateos vieron que eran envidiados se tornaron arrogantes.

Yo cambié de táctica. No me resultó particularmente difícil. Sólo tenía que restablecer la verdad. Y la verdad es que no hay nada que envidiarles. ¿Qué podemos envidiar al tullido, por muy poderoso que sea? ¿Qué podemos envidiar a los paralíticos, a los sordos, a los oligofrénicos y a los chiflados? Si los envidiara, significaría que les doy la razón; y daría la impresión de desear cuanto ellos poseen.

Por consiguiente, cambié de táctica. En vez de luchar y de tratar de convertirlos, los compadezco. No se trata de un mero ardid. No quiero quitarles nada, por el contrario me gustaría ofrecerles algo que les falta, algo cuya carencia los vuelve débiles, pobres y, por qué negarlo, también ridículos.

Que se discutiera tanto con ellos tiene además otro motivo. Sin duda, la mayoría creía que los ateos son irreligiosos, pero de eso, por supues-

to, nada de nada. No existe el hombre irreligioso. Los ateos no son irreligiosos, simplemente creen en una religión grotesca, acorde con su entendimiento deficiente y con su humor híbrido, ambos muy dignos de compasión. Y no solamente creen, sino que son, por otra parte, todos cerriles. Digo todos porque no me he encontrado a un solo ateo que no fuese más cerril que aquella anciana malo-liente que los domingos vende, a un centavo, unos cuadernillos sobre la orina milagrosa de san Cucufate. Claro que el santo de la religión atea no es san Cucufate, sino Einstein, y la sustancia milagrosa no es la orina sino los antisépticos. El nombre del cerrilismo ateo es materialismo. Esta religión se basa en tres dogmas: el alma no existe, el hombre es un animal, la muerte es aniquilación. Y los tres desembocan en uno: a los ateos los atenaza un miedo terrible a Dios. Como dice Böhme, viven en la ira de Dios. No conocen más que al Dios colérico: por eso se esconden y mienten. Creen que afirmando la inexistencia de Dios dejarán de pasar miedo, pero naturalmente lo que ocurre es que entonces le temen todavía más.

Sin duda, el ateo es un hombre arrogante y no quiere cambiar; no se inclina ni por la humildad ni por el amor o, dicho de otro modo, es tan en-

deble que ni siquiera es capaz de tender a lo uno o a lo otro. Prefiere aferrarse al temor, al mismo tiempo que lo niega; tiembla, miente y se esconde, y se va volviendo cada vez más arrogante. A partir de este mejunje lamentable, en el que se cuecen a fuego lento en el mismo puchero a la vez la negación, el miedo, la mentira, el disimulo, la arrogancia y el cerrilismo, se creó el materialismo como sucedáneo de la religión.

De todo ello se deduce ya con claridad que no es posible ni conviene vencer a los ateos por la fuerza. Como son erráticos, llenos de preocupaciones y autoengaños, es preciso tratarlos con suma cautela.

Por fortuna, el alma no es como el cuerpo. Si alguien nace sordomudo o lisiado o se convierte en un inválido en el transcurso de su vida, el poder humano no puede cambiarlo. El mundo del alma es distinto. Todos nacemos con el alma intacta y esa salud no se pierde nunca. Todos podemos curarnos de las imperfecciones del alma. Para eso no hace falta siquiera un milagro.

¿Un libro de plegarias para ateos? Sí, y, además, escrito de tal modo que el lector no se dé cuenta siquiera de que le enseña a rezar. ¡Casi nada! Como dice Nietzsche, sólo hay un modo de

expresarse: con cinismo e inocencia. De forma perversa y sofisticada, con una inteligencia casi malvada y, al mismo tiempo, con el corazón puro, con alegría y sencillez, como el pájaro cantor.

Quisiera aprovechar esta ocasión para dirigir también unas palabras a los pietistas, esa tenebrosa secta de los ateos. El pietismo no es más que ateísmo disfrazado. El materialista corriente es un alma digna de compasión, su entendimiento no es brillante, su corazón es a veces directamente estúpido; de ahí que, como he señalado en más de una ocasión, haya que considerarlo un tullido que se aferra a su deficiencia como a una idea fija y considera su torpeza un gran logro.

En el fondo, el pietista es tan ateo como el materialista, pero, como además tiene mala conciencia, viste externamente el ropaje de la religión verdadera. El pietista exigiría que el hombre viviera a pan y agua, vestiría a las mujeres más bellas con ropa mal confeccionada, prohibiría la risa y cubriría el sol con un velo negro. El pietista es el antialcohólico. Sé perfectamente que el lema de esta obra lo escandaliza y que pregunta con expresión irritada y sombría: «Pero ¿qué blasfemia es esta!?» Se ha indignado cuando he osado decir que Dios se encuentra también en el jamón co-

cido. Le recomiendo que mantenga la calma. Escuchará más cosas. Prometo prestarle particular atención y no dejar pasar ni una sola oportunidad para escandalizarlo tanto como pueda. Hay que tratar con guante blanco al ateo, porque es estúpido, ignorante, corto de miras e ingenuo. El pietista no puede contar con tanta indulgencia. Que sepa que lo miraré de reojo, y cuanto más solemne sea la cara que ponga, más me reiré de él. Cuanto más se indigne, más me divertiré y ni siquiera le diré por qué.